

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 20 DE AGOSTO DE 1888→

Núm. 347

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



FACHADA DEL PALACIO DE CIENCIAS (De fotografía de los Sres. Audouard y C.^{as}, concesionarios exclusivos)

SUMARIO

TEXTO. - *Nuestros grabados.* - *Exposición universal de Barcelona*, por don J. Yxart. - *Una estatua ideal en la Grecia clásica*, por don Emilio Castelar. - *La reina de los peces*, por don A. Balbuena.

GRABADOS. - *Fachada del palacio de ciencias.* - *Señora napolitana*, estudio de E. Dalbono. - *La familia real de España.* - *En las lagunas*, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo. - *Contrabandistas huyendo de los carabineros*, cuadro de C. Tschaggeny. - *El viático en un pueblo de Cataluña*, cuadro de M. Vayreda. - *El naranjero*, cuadro de J. Benavent. - *Los hambrientos y los hartos*, cuadros de Orestes de Molin. - *Suplemento Artístico: Plaza y teatro Imperial de Viena.*

NUESTROS GRABADOS

FACHADA DEL PALACIO DE CIENCIAS
en la Exposición Universal de Barcelona

Este palacio, una de las obras más notables de la sección cuarta de dicho certamen, es obra del arquitecto señor Falqués, y está emplazado en el ángulo Sudeste del Paseo de San Juan, enfrente del Palacio de Bellas Artes.

Su fachada, que tiene 96 metros de extensión, es de carácter severo y apropiado a la clase de productos del humano ingenio que en él se exhiben, y el pórtico, sobrio en detalles, pero armónico en su conjunto, cuadra no menos perfectamente a la índole del edificio y parece predisponer desde luego el ánimo visitante a la contemplación de los objetos que en el interior de dicho palacio va a examinar.

Este tiene 47 metros de fondo, y la parte que ocupan las construcciones junto con los patios respectivos ocupa una superficie de 3,200 metros cuadrados.

LA FAMILIA REAL DE ESPAÑA

El grupo que publicamos compuesto de S. M. el niño rey don Alfonso XIII, S. M. la reina regente, S. A. la princesa de Asturias, y S. A. la infanta doña María Teresa, es notable no sólo por el parecido de los ilustres personajes sino por estar representados en una escena de familia que da buena idea de la vida íntima que se lleva en el palacio de Oriente. La temprana viudez de doña María Cristina, la orfandad en que han quedado los hijos de don Alfonso XII y la tierna solicitud con que son atendidos por su madre, rodea a esa familia de una aureola más brillante aun, más pura, más respetable que la producida por los rayos de una corona.

EN LAS LAGUNAS

cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

Nuestros lectores saben cuanta es la preferencia atribuida a Venecia por cuantos cultivan la pintura. La reina del Adriático suministra inagotables asuntos; el gran problema del arte es escoger entre los fulgores de su sol brillante ó los tibios resplandores de su poética luna. Sin embargo, cabe en este punto reproducir la frase de los libros sagrados, muchos son los llamados y pocos los escogidos. Sánchez Barbudo, el ilustre pintor español, es uno de esos pocos. Sus críticos italianos que, á fuer de patriotas, quisieran vincular con sus artistas el secreto de pintar su cielo y las maravillas de su naturaleza privilegiada, citan á Barbudo como uno de los primeros intérpretes de Italia pintoresca.

La fiesta que ha descrito en este cuadro no es para pintada. Se necesita conocer á Venecia, se necesita haber presenciado una de sus fiestas marineras, para comprender la analogía que existe entre los canales y lagunas venecianas y el famoso *Bosque de Bolonia* en un día de carreras. La góndola perpetuada de los tiempos de la antigua república es en Venecia lo que en París el carruaje que Binder ha construido para el mundo elegante, ó aquel otro que en Niza disputa el premio del buen gusto el día de la *batalla de las flores*. Barbudo conoce perfectamente el asunto, y más afortunado que Icaro, acierta en la manera de encerrar en su paleta los rayos de un sol que únicamente conocen los granadinos de España.

Sin embargo, no es la luz de ese sol la que ilumina la escena en el cuadro que hoy publicamos: esa luz, brillante en unas góndolas, melancólica en otras, es la luz de las bengalas en aquéllas, de los faros venecianos en éstas; luz fantástica que, durante las horas de las nocturnas fiestas, rivaliza en poesía con el famoso *chiaro di luna* de los cuadros vénetos.

CONTRABANDISTAS HUYENDO DE LOS CARABINEROS

cuadro de C. Tschaggeny

Es una ingeniosa manera de pintar caballos lanzados á escape, porque lo notable del lienzo indudablemente son los cuadrúpedos. El autor les conoce bien, hablando en el terreno del arte. Es una fuga, una verdadera derrota. Los carabineros no se ven en el lienzo, pero se les adivina; están muy cerca; diríase que se oye el rumor de sus pasos. Sus proyectiles han empezado á causar bajas entre los fugitivos, que hacen esfuerzos desesperados para ponerse en salvo. Las figuras destacan tanto más en este cuadro por cuanto el autor ha pintado un fondo liso, igual, que no distrae en lo más mínimo la atención. Es una obra de mérito recomendable, ejecutada con la sobriedad de recursos propia del que está seguro de producir el deseado efecto con los medios legítimos que emplea el verdadero talento.

EL VIÁTICO EN UN PUEBLO DE CATALUÑA

cuadro de M. Vayreda

En la Exposición Parés antes de ahora y en estos momentos en el Palacio de Bellas Artes ha podido el público apreciar este lienzo tan lleno de verdad como impregnado de sentimiento. Quizás éste habría sido más comunicativo si el autor hubiese prescindido de un detalle algo realista y que ninguna falta hacía en el asunto. Natural será que un humilde jumento se deje tentar por las verdes hojas que tiene á su alcance; pero hay naturalidades, y sobre todo las no obligadas, que desentonan un cuadro, porque distraen al espectador de lo esencial que el autor se propone.

El de este lienzo es de familia de artistas, y no desmerece por cierto de ella. Su obra está á conciencia estudiada y profundamente sentida. Dios es grande en esa soledad fragosa: las montañas también son digno templo de esa Majestad que visita amorosamente al humilde que quiere despedirse del mundo cantando sus alabanzas.

EL NARANJERO, cuadro de J. Benavent.

No hay que confundir al naranjero con el simple vendedor de naranjas. Este último es cosmopolita, al paso que el naranjero puro no es ni puede ser sino valenciano. En Valencia, por tanto, ha encontrado Benavent los tipos de su cuadro, tipos que no se confunden ni aun con los de otras provincias donde se ha perpetuado también la raza árabe. Entre la granadina y la valenciana hay diferencias esenciales: cuando una y otra son bonitas, que lo son casi siempre, la mayor dificultad estriba en la elección.

LOS HAMBRIENTOS Y LOS HARTOS
cuadros de Orestes de Molin

Molin es un pintor veneciano moderno que se dedica con preferencia á pintar escenas de costumbres, y con preferencia también á satirizarlas en sus lienzos; por lo general escoge con acierto sus asuntos, y no con menos destreza los trata, distinguiéndose sus obras por su vigoroso colorido y por la soltura del dibujo. *Los hambrientos y los hartos*, en que descuellan estas condiciones, son una sátira social que se comprende fácilmente, y en la que se adivina cierta amargura, hija del contraste entre los dichosos y los desheredados de la tierra.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

PLAZA Y TEATRO IMPERIAL DE VIENA
dibujo de V. Kastler

Varias veces hemos dicho que Viena es la ciudad monumental por excelencia. Su Teatro Imperial, donde se dan espectáculos de grande ópera y de grandes bailes, es en su género un tipo de grandeza y un modelo arquitectónico. Menos colosal que la *Grande Ópera* de París, no le cede exteriormente en belleza y le supera, con mucho, en comodidades facilitadas á los espectadores. Cántanse las *partituras* en alemán por artistas que interpretan magistralmente á los grandes maestros. La mayor parte de esos eminentes cantantes son desconocidos de nuestro público y hasta es posible que de nuestros empresarios, para quienes resulta sumamente limitado el catálogo de las eminencias del canto dramático. Una de las cosas más notables del Teatro Imperial de Viena es que las representaciones, aun en el rigor del verano, empiecen á las seis y media de la tarde; de suerte que el espectáculo termina siempre, cuando más tarde, á las diez de la noche.

Lo menos fiel del dibujo de Kastler es la animación callejera. Viena es ciudad tranquila, en que no reina el movimiento ó mejor dicho torbellino de París y Londres. Es una corte en donde todo es grave y reposado, hasta la circulación pública.



SEÑORA NAPOLITANA, estudio de E. Dalbono

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

VI

Compíte con la exposición retrospectiva de la Casa Real la sección arqueológica. Ocupa ocho salas en la planta baja del edificio; en ellas se colocaron los ricos ejemplares del arte suntuario antiguo, si no por riguroso orden ni formando colecciones homogéneas, agrupados de modo que ofrecen el más pintoresco é interesante conjunto. Ganó en ello el artista más que el anticuario. Mientras éste echará de menos una distribución sujeta á la monótona pauta de un catálogo científico, sorprende al observador un cuadro ya compuesto en cada sala, al que sobran tonos brillantes, matices variadísimos y líneas caprichosas y bellas. Recuerdan aquellos salones en perspectiva los interiores de taller, las almonedas y los gabinetes de arqueólogo, reproducidos tan á menudo años atrás. La luz lateral, entrando por los altos ventanales, baña suavemente con su polvillo de oro los mismos objetos: tapices y trípticos; chispea, como allí, en los amorceos bronceados de las arquillas ó en los platos de reflejos metálicos, y deja en la sombra las espantables armaduras, misteriosas é inmóviles. La poesía que podía concederse á la abigarrada agrupación de tales utensilios, el lenguaje de las cosas viejas, nos embelesa aquí más directamente. Esta elocuencia de lo inanimado es penetrante y honda, sentida en todos los tiempos y por toda suerte de artistas. Como Virgilio concedía á las cosas el poder del llanto, habló Fortuny de espaldas que le narraban la historia de una época: ¡una como proyección del espíritu humano que cristaliza y se incrusta en la propia labor; que deja su huella en el roce del uso; que refleja su modo de ser en la elección de una forma, de un simple matiz! ¡Algo como el sello de la verdadera propiedad, esto es, el derecho á lo que hemos transformado: y esta propiedad, sublimada por el arte, que es decir: no una transformación cualquiera, sino una transformación debida á las más sublimes facultades del hombre.

Parece que este ha de ser el hechizo inexplicable y realmente refinado que sientan algunos anticuarios contemplando avarientos sus tesoros, además del que hallen en su belleza, si son artistas. Y estos son también los dos atractivos de aquellas salas: la belleza de los objetos y los recuerdos que evocan.

La colección, por desgracia, no es universal: no cuenta con un solo ejemplar extranjero. Tampoco es nacional, en rigor; ¿qué es para España que los prelados de Burgos y Salamanca y algunos títulos de Madrid hayan mandado objetos soberbios, pero escasos, cuando una exposición retrospectiva española, aun incompleta, había de producir asombro? Esta puede llamarse regional, puesto que la gran mayoría de lo exhibido pertenece á Cataluña; en una palabra, una repetición de las celebradas en Barcelona en distintas fechas. Con ser así, es notabilísima; con ser así, creemos que á un artista ó un anticuario extranjeros sorprenderán inesperadamente algunos objetos por lo singulares ó desconocidos, y tras esto, infringiendo de la riqueza expuesta la riqueza oculta, extrañarán y lamentarán el retraimiento de algunas corporaciones y particulares. Razón por la cual empezamos por consignarlo. ¿No es triste, cuando se contempla el efecto de lo que se ha logrado reunir, evocar el espectáculo de lo que hubiera podido reunirse? ¿No es lamentable, cuando tanto interesa una sola parte, no haber alcanzado un todo? ¿Y por qué? Concédase cuanto se quiera á las dificultades del transporte, pero nada debiera perdonarse á la indolencia egoísta, al recelo del avariento y á la ignorancia. De las mismas cuatro provincias catalanas faltan muchas preciosidades que podrían estar representadas, por lo menos, con alguna muestra. Tratándose de colecciones particulares claro está que no hay derecho alguno á la menor murmuración; pero con respecto á las corporaciones oficiales, ¡qué menos podemos hacer que lamentar su carencia de patriotismo ó su desidia! ¿Para cuándo esperan los recelosos custodios de obras valiosas del arte antiguo, enterradas en lo más hondo como tesoro morisco; para cuando esperan sacarlas á luz, si no las muestran en una ocasión tan singular como la de ahora? No parece sino que, sin moverlas de su sitio, faciliten su examen al transeunte con la mayor cortesía. Nadie que haya viajado por España ignora los trámites, molestias y permisos que requiere ver, simplemente ver, cualquier preciosidad artística, bajo la vigilancia de un conserje gruñón ó de un *cicerone* que canturrea de coro cualquier patraña tradicional: Así se oxidan, ó se pudren, ó se deterioran ejemplares rarísimos que en un museo ó en una Exposición como ésta, servirían de estudio y enseñanza, propagada, comentada y aprovechada por los que pueden y deben aprovecharla, que somos todos, por lo visto, menos aquellos celosos guardadores. He aquí por qué son tanto más de agradecer los envíos de algunos expositores actuales, y principalmente, por su índole particular, los de los prelados de Burgos, Salamanca, Barcelona, Vich, Gerona, Lérida y Seo de Urgel. Algunos de ellos, no vacilaron en remitir verdaderas joyas que, por lo rarísimas, inspiran con justo título á toda una diócesis el orgullo de una posesión secular.

Aunque no se han agrupado los objetos obedeciendo á un plan riguroso, cada una de las salas tiene carácter distinto, una nota dominante á la cual se subordinan las demás, una mancha mayor que las otras que entona el conjunto. En la primera sala, la que ofrece mejor golpe de vista, los varios muebles y arquillas en el centro ó á lo largo de los muros, y los magníficos tapices y retablos que descuellan sobre ellos, le dan el aspecto suntuoso y al propio tiempo severo, de la decoración interior de un palacio. En cambio, la sala inmediata, con sus vitrinas y el tamaño menor de los objetos que contienen, recuerda una serie de aparadores de joyería, que no es posible abarcar de una ojeada, y que es forzoso escudriñar detenidamente. Todo chispea, todo brilla, todo llama la atención por sus afiligranadas labores ó por sus matizados esmaltes: abanicos, bandejas, cruces, sortijas, relojes, relicarios: las innumerables chucherías que sirvieron de adorno codiciado, ó de recuerdo y prenda de cariño transmitidos de generación en generación como algo sagrado é inestimable. Sigue á esta sala la destinada á los ejemplares y muestras de cerrajería, en que á la brillantez de los metales preciosos, sustituye el negro color del hierro viejo, forjado y enmohecido, y á las diminutas dimensiones de los pendientes y collarillos, el formidable tamaño de cerrojos, clavos y hacheros, imponentes y rudos, ó primorosos y elegantes también, con un primer que contrasta con la dureza de la materia ó el uso del objeto. Al hierro sigue la cerámica, en sus múltiples formas y aplicaciones, desde el barro grosero cubierto de polvo á los azulejos relucientes; y á la cerámica, los tejidos y bordados en estambre, en lino, en seda y oro; las capas, dalmáticas y frontales preciosos, que reúnen á su antigüedad valor intrínseco inapreciable y á éste, mayor importancia artística por su ornamentación, y otros objetos del culto, en fin... cruces, incensarios, y retablos de épocas diversas. Difícil es elegir entre tan variadas muestras de todas las artes, desde la pintura primitiva al labrado de las maderas preciosas, de la orfebrería á la construcción de instrumentos músicos, aquellos ejemplares más notables por su origen ó por su rareza, por su belleza artística como por ser manifestación de industrias hoy desaparecidas ó decadentes, pero, tras esta breve impresión de conjunto, intentaremos precisar sus líneas con la designación de lo más principal en aquellos conceptos.

16 Agosto

J. YXART.



LA FAMILIA REAL DE ESPAÑA

UNA ESTATUA IDEAL EN LA GRECIA CLÁSICA

(ESTUDIO LITERARIO Y ARTÍSTICO)

Veamos á la hermosa joven tal como Sófocles la ideara en su alma serena y armoniosa. Descubierta el involuntario crimen de su padre, los tebanos, que le adeudaban dos grandes remedios en su vida, pues los sirvió así con sus aciertos como con sus castigos, merced á los cuales aplacara las celestes iras, esos tebanos de tan cruel ingratitud, lo abandonan, y al verlo huyen, y de su presencia se apartan, creyéndole moralmente apestado y leproso. Los propios hijos le arrojan del trono y del pueblo que había salvado con su ciencia y esclarecido con su gobierno. Parricida, incestuoso, el hogar suyo se parece á una Genmonia, los dioses lares á genios adversos, el sepulcro de los antepasados en que radica el árbol de todo humano ser á un centro de maldiciones y anatemas, sus hijos resultan al mismo tiempo sus hermanos; por lo cual toda su sangre ha entrado en corrupción y toda su vida caído en oprobio, y el templo le rechaza, y el pueblo le maldice, y no le queda otro remedio sino errar en las soledades inmensas, á merced por completo de los elementos implacables, hasta que la muerte se apiade misericordiosa de su dolor y ponga sobre sus ojos vacíos el sueño perdurable. ¿Qué será de un pobre ciego, sin familia, sin hogar, sin patria, sin penates, rechazado hasta por el sepulcro de sus mayores y andando á tientas en tinieblas eternas, porque la luz resplandeciente, alma de los demás mortales, solo sirve, con su calor, para perpetuar aquella terrible desventura?

El cetro se ha roto como una frágil caña, y apenas le sirve de báculo; se ha trocado la púrpura en harapo sobre sus hombros enflaquecidos; la corona se ha roto, y sólo queda como una sombra de ignominia en su frente donde resplandeciera otros días con gloria. Quien repartió riquezas entre las manos alzadas á su pródigo trono, mendiga hoy amargos mendrugos. Quien no aparecía jamás, sino entre los aplausos de la juventud y el respeto de la vejez, oye resonar los pasos de aquellos que se ahuyentan y las maldiciones de aquellos que se tumultúan á su vista. El héroe, que iba en su busca para recoger el premio á la victoria; el moribundo, que le demandaba las plegarias y auxilios y hasta ritos fúnebres; la viuda, que ponía en sus manos hijos y herencia, porque todos le veían de virtudes resplandecientes vestido y coronado como por una tiara por su sabiduría, huyenle ahora y le creen sólo digno de castigos eternos. Desnudo, demacrado, la piel rugosa sobre los huesos doloridos, los ojos semejantes á vacías cavernas, trémulos sus labios, crispadas sus manos,

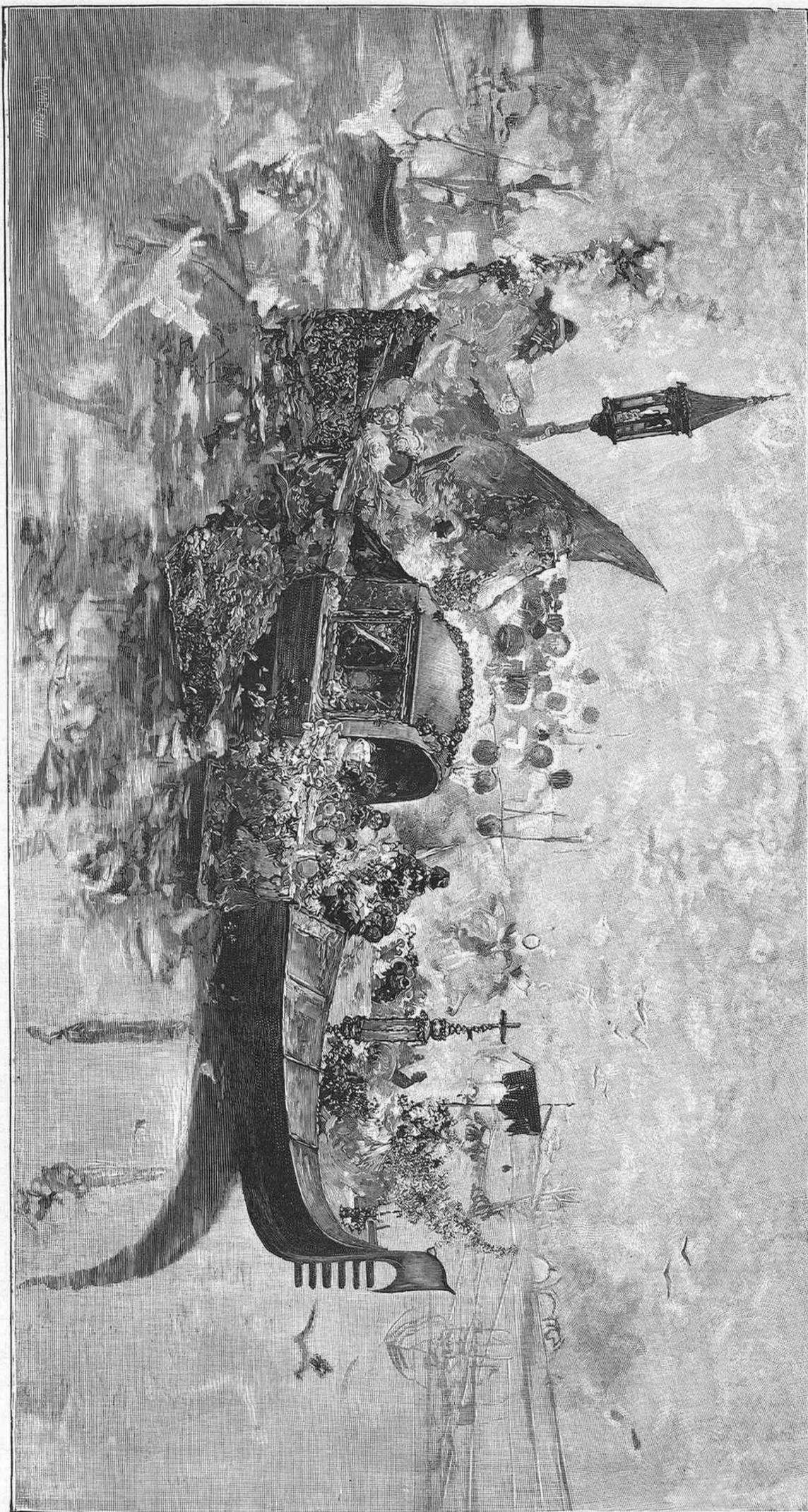
el aliento como un turbión de quejidos, incierto el paso por clavarsele, do quier lo endereza, espinas en las plantas, abrasáralo el sol, azotáralo el huracán, encuentra por cama la tierra dura, como por cubierta el cielo cruel, y no le quedará otro remedio sino compadecer hasta los cadáveres insepultos, roídos por el pico de los cuervos y machacados entre las quijadas de los perros. No se conoce todo cuanto necesita el hombre de la humana sociedad hasta que la pierde y se ve por completo entregado á las inclemencias reinantes en el despiadadísimo Universo. Nidos sin pájaros, domicilios sin habitantes, campos sin cultivo, corazón sin amor, amor sin correspondencia y sin objeto, vivo enterrado en un sepulcro, todo cuanto podáis imaginaros de más triste, se suma en las tristezas múltiples de un infeliz errante á solas por el mundo.

¿Quién le consolará? Se necesitaría un receptáculo tan grande como los lechos del Océano para contener sus lágrimas amarguísimas, y para enjugarlas un paño tan extenso como el cielo. ¿A dónde volverá los ojos? Los dioses le han infligido penas terribles antes de nacer, y condenándole á una desgracia irremediable. Por su propia mano inmola el hombre de quien recibiera la vida, y el propio lecho donde fuera engendrado lo macula con deshonra inextinguible. Sus hijos deben el ser á torpe incesto, y no pueden asomarse al sepulcro de sus mayores, ni mirar al cielo de sus penates sin descubrir por do quier la reprobación eterna y sin caer bajo el peso de una gran vergüenza. El perro tiene amo y tiene perrera; él no tiene ya en el mundo la caverna que habitan los brutos carnívoros. ¿Quién le consolará? Solamente su Antígona. Miradla. Bien puede un viejo palacio de reyes ofrecerle vivienda; una corte fastuosa ostentación y lujo; los hermanos queridos parte de la corona heredada; un héroe de regia sangre su corazón y su nombre. Antígona compendia en sí todas las virtudes propias del sexo á que pertenece, y sólo ve á su padre infeliz en el mundo, porque sólo su padre necesita los afectos más vivos y los calores más ardientes de su alma, la compasión y el consuelo. Un gran escritor la saluda como predilecta del destino, y puesta por la Providencia en cabeza de todas las heroínas de la resignación, que llevan en sus manos hasta por nuestros templos católicos las verdes palmas, las blancas túnicas, las etéreas aureolas del martirio. Lo que lleva principalmente dentro de sí es la entraña de mujer que, criada para el amor, comparte, á virtud y eficacia de su compasión, ese amor de los amores, todas las penas humanas.

Miradla joven, bella, pura, en la primavera de sus años, con el esplendor de su raza y con los timbres de su

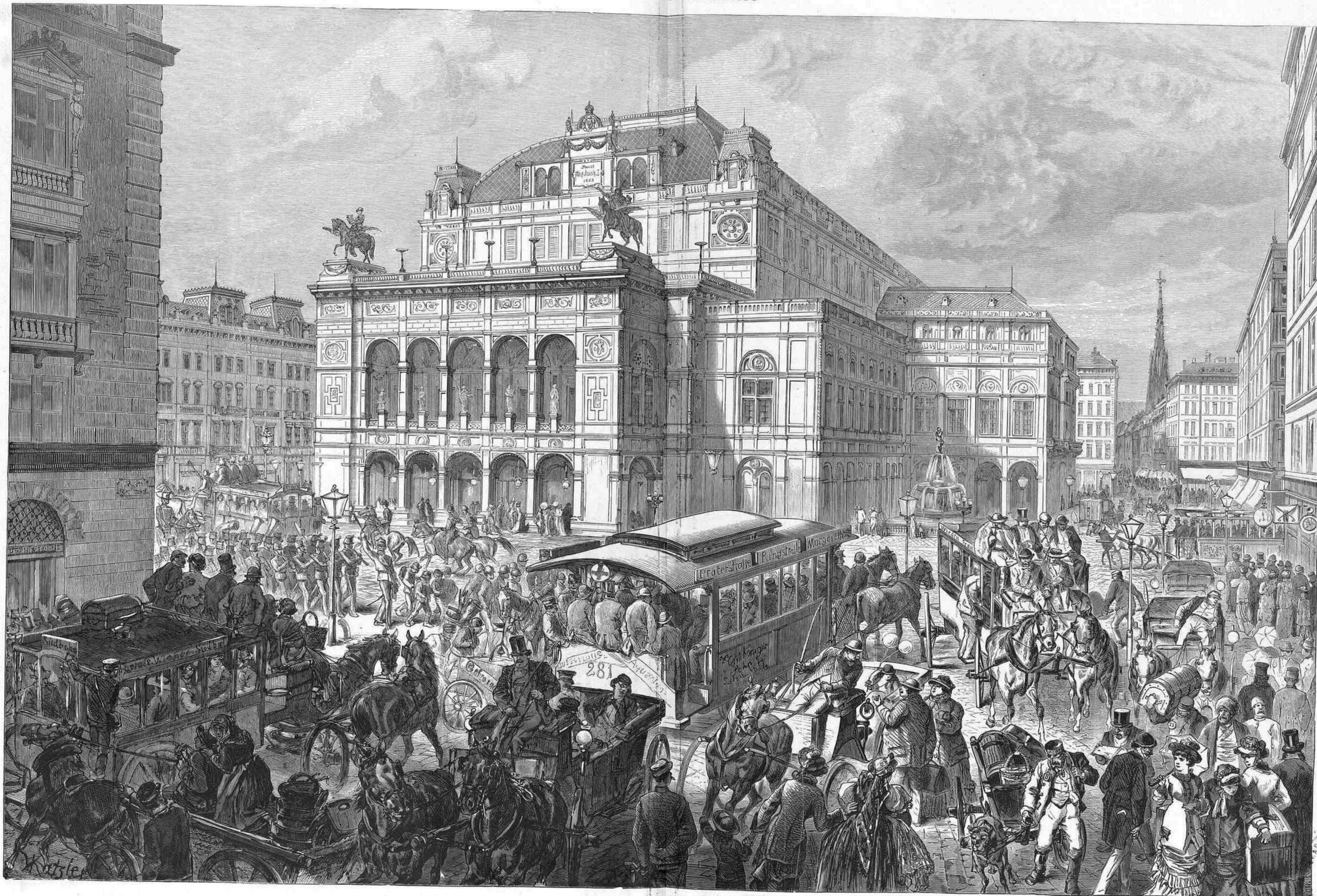
familia; miradla triste, pobre, descalza, el cabello tendido sobre las espaldas, los ojos vueltos hacia los huecos ojos de su padre, mendigando el mendrugo diario á la limosna del viandante, y recorriendo la tierra en busca del último asilo guardado á la desesperación, en busca de la muerte. Ningún pintor cristiano ha sabido trazar una imagen de la piedad semejante á la figura de Antígona, convertida en báculo yerto y pasivo bajo la trémula mano de aquella sombra inocente y maldita que se llama Edipo. Delante del grupo formado por hija y padre va la fama gritando parricidio, incesto; y en torno suyo se dilata el desierto, pues al descubrirlos, húyelos en desatada carrera la gente por no contaminarse con su desgracia y por no participar de sus maldiciones. El perro hidrófobo, apaleado por todo el mundo, sufrirá cuantos dolores materiales se quiera, mas no este horrible dolor moral de las afrentas, privativo del género humano, á causa de su conciencia y de su alma. He aquí porque nos conmueve tanto la sublime figura de Antígona, porque personifica las esenciales virtudes propias de su sexo, y porque muestra cómo permanece la naturaleza femenina, perpetuamente bajo la sobreposición de instituciones varias y de diversos estados sociales, idéntica por completo á sí misma, y mucho más idónea que la naturaleza varonil ó masculina para la compasión, para la caridad, para las grandiosas expansiones del alma, para el sentimiento, verdadero calor de la vida, y agente cuasi divino de todos los sacrificios y de todos los heroísmos, que no se disminuyen y endulzan entre las violencias, las cegueras y los estremecimientos del combate, sino que apelan á la resignación y se conforman con dolores apenas soportables por delicadas y débiles naturalezas.

Sófocles ha engrandecido y heroseado todas estas virtudes, ciéndolas de los esmaltes del genio y abriéndolas en el engarce de sus inmortales tragedias. Al poco tiempo de aquel holocausto piadosísimo, la misma inflexible fuerza del destino antiguo se resiente y cede á la misericordia. Lo verdaderamente trágico en este grupo sublime de hija y padre, por todas las afrentas heridos y por todas las inclemencias del cielo probados, es la estrella esplendente y espiritual puesta sobre sus sienes y compañera de su peregrinación, la estrella de su inocencia. Y así, una voz compasiva les dice que después de haber errado tanto tiempo, clavándose todas las espinas de aquel su camino sembrado por zarzas y abrojos, obtendrá un único ya posible consuelo el infeliz maldecido por los hados, el consuelo de su muerte y de su sepultura. Mas para esto se necesita que lleguen al bosque donde habitan las Euménides. Hijas predilectas de la Naturaleza y habitadoras de los bosques, traen á los desgra-



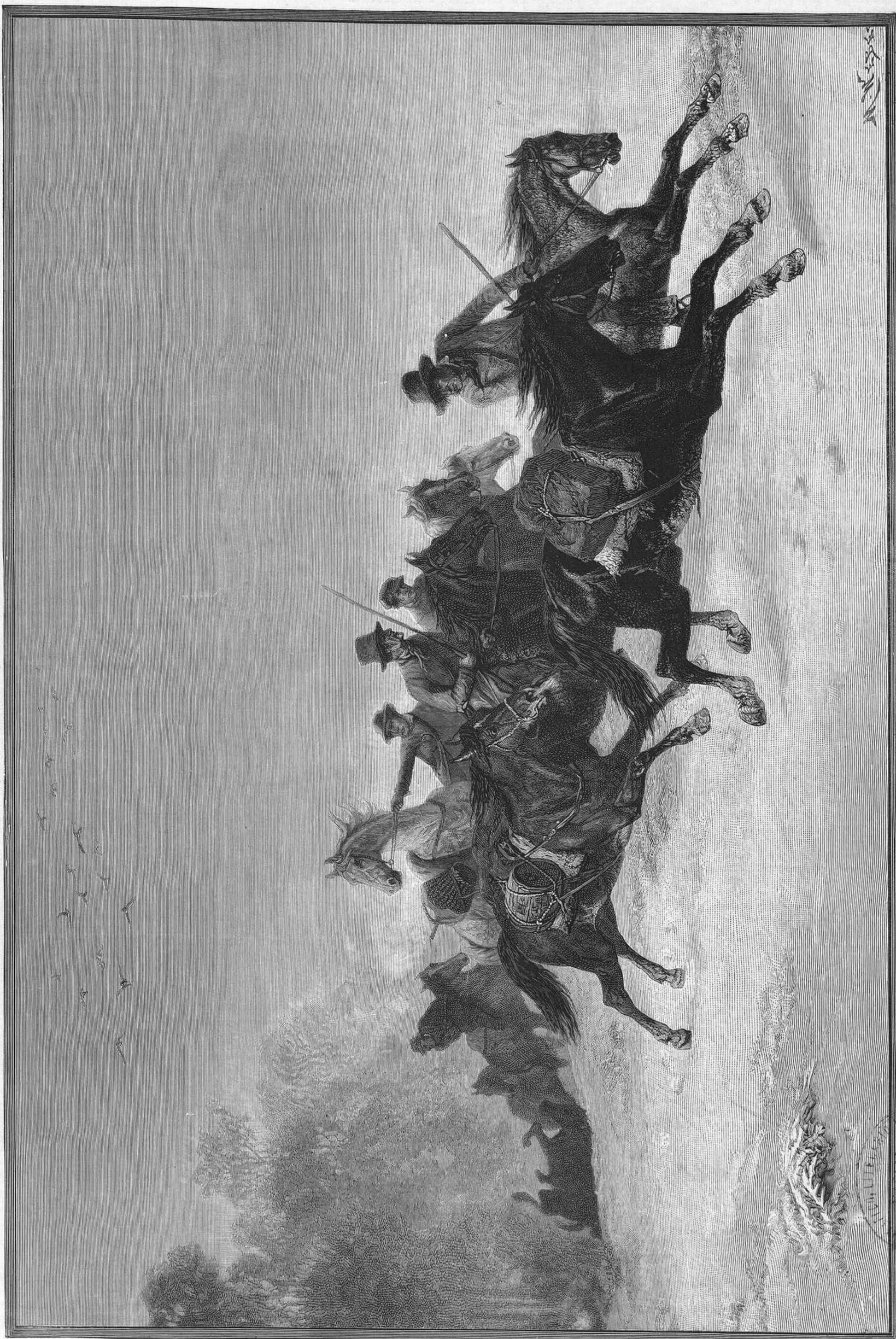
EN LAS LAGUNAS, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo





PLAZA Y TEATRO IMPERIAL DE VIENA, DIBUJO DE V. KASTLER

MADRID Y ARTISTICO +
BIBLIOTECA



CONTRABANDISTAS HUYENDO DE LOS CARABINEROS, cuadro de C. Tschaggeny



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

ciados el consolador lenitivo de un sueño perpetuo dentro del sepulcro. Cerca ya del sitio compasivo y hospitalario que habrá de matar al triste, levántase airadísimo el viejo rey de Tebas, y dice que sus crímenes terribles no se deben á la voluntad y á la conciencia íntimas suyas, sino al hado que se los ha impuesto con fuerza, y que al imponérselos forzosa y violentamente, le ha, por su desgracia, hecho criminal é inocente á un tiempo. El humano albedrío se levanta en la persona del viejo Edipo, y protesta contra todos los empeños y todos los empeños en imputarle la responsabilidad inaceptable de las fatalidades que bajan del Universo entero sobre la misérrima y débil criatura.

Nada tan bello como el arribo de Antígona y Edipo al valle de Colonna. Los más hermosos caballos del Ática van por allí errantes sin freno ni montura; los ruiseñores gorjean bajo la obscura hiedra entrelazada con guiraldas y pámpanos, con flores y frutas; por el suelo cargado con rocío celeste se juntan los narcisos que coronan á los antiguos dioses con los pistilos del azafrán rojo y dorado; el olivo de blancas hojas se mezcla con las adelfas inmortales; y mientras Baco ríe, seguido por sus ninfas, exprimiendo el racimo en la cuba y cantando las embriagueces de la vida, bajo las azules ondas cercanas que besan las arenas áureas, laten las Nereidas sacando sus frentes ornadas por algas, corales y perlas entre las ondas abriantadísimas por el resplandor de un cielo siempre luminoso y siempre sonriente como reflejo de las hermosuras contenidas en este singular valle de Colonna henchido y rebosante de alegría. Y al llegar allí, la plegaria de Antígona se ha oído ya en el cielo, y sus lágrimas de tal suerte se han condensado sobre la fatalidad, que han podido vencerla y redimir al ciego irredimible. Sí; una vez llegado al bosque de las piadosas Euménides, los Oráculos, implacables enemigos del viejo Edipo, le dicen que su muerte será una felicidad para la tierra donde suceda, y que sus despojos llevarán á los campos que acierten á contenerlos y á las ciudades que se les avvicinen próspera y benéfica suerte. Al saber esto, al saber cómo aquel hombre perseguido por los hados va pronto á convertirse de suyo en redentor, los pueblos que lo maldecían y lo rechazaban se disputan todos con la posesión de sus restos la gloria de su apoteosis. Pero le roba el cielo, como á Elías en la Biblia, y priva de beneficios no merecidos á sus perseguidores.

¡Cuánta parte no han tenido las virtudes redentorias de Antígona en la redención del mísero Edipo! Mas no le basta, no, á esta hermana de la caridad, engendrada por el antiguo paganismo, los consuelos en vida llevados á su padre; quiere también prestar los debidos honores fúnebres á su hermano Polynice. Después de haber alcanzado al extremo de alto heroísmo en la obra de acorrer y consolar á su padre, parecía imposible que llegase hasta sobrepujarse á sí misma, rayando como hija donde rayó como hermana. La desgracia pasa como vínculo de padres á hijos en la familia del infeliz tebano. Eteocles y Polynice, que le deben el ser y que comparten el trono, llegan á enemistarse hasta el punto de perseguirse con mutuos odios en abiertas guerras. Pero Eteocles, habiendo quedado en el trono, representa la defensa de Tebas, mientras Polynice, habiendo caído del trono y marchándose á extrañas tierras, personifica y representa el ataque á la ciudad natal. No le perdonaran esto los dioses. Pero él, que arrojara de Tebas á su padre por creerlo funesto á su familia, en cuanto sabe como los dioses le han perdonado, y se han de nuevo avenido con él, corre á pedirles su intercesión propicia con el cielo para que levante de sus espaldas las abrumadoras maldiciones que las agobian. Edipo, al ver frente á sí un hijo tan despiadado y tan implacable un día para él, en aquella desgracia que no había merecido, redobla su agobio, uniendo las paternales maldiciones á las maldiciones divinas. Aquí reaparece de nuevo el ministerio decretado por el alma de Sófocles á la piadosa Antígona, el ministerio de intercesión misericordiosa con todos los que pueden á favor de todos los que padecen. Antígona junta sus manos y dobla sus rodillas para que no maldiga Edipo á Polynice.

Pero las maldiciones del cielo y del padre se cumplen. El conquistador Cleón sube al trono de Tebas prevaleciendo de las cuentas luchas entre los dos hermanos. Y como quiera que Polynice haya muerto allegando fuerzas contra su ciudad natal, condénale Cleón al más terrible de los castigos antiguos después de la muerte, á quedar insepulto para pasto de cuervos, buitres, canes y hienas. Desconocería los clásicos pueblos antiguos quien desco-



EL VIÁTICO EN UN PUEBLO DE CATALUÑA, cuadro de M. Vayreda

nociera el horror siempre por ellos experimentado á esta terrible suerte de los insepultos. No existe maldición que tema tanto un héroe cualquiera, el más formidable de los héroes antiguos, como la que pudiese condenarle á morir sin esperanza de obtener los honores fúnebres debidos á la muerte. El más desgraciado de los mortales en los tiempos antiguos es aquel que no encuentra quien le cierre los ojos, le vista las ropas fúnebres, le lleve á los patrios campos, le deposite dentro de su sepultura y le ofrezca los debidos necesarios sacrificios para que los dioses del abismo lo reciban contentos y provean á su paz eterna. Para comprender cómo se ligaban en las familias antiguas los muertos con los vivos y los vivos con los muertos, hay necesidad imprescindible de recordar cómo la familia constituía una especie de comunidad religiosa y cómo se ligaban por una especie de culto el tálamo de los matrimonios con la cuna de los hijos, la cuna de los hijos con el altar de los penates, el altar de los penates con el sepulcro de los abuelos, todo ello envuelto por una especie de liturgia, la cual consagraba muerte y vida con prestigiosos y solemnes ritos. La piedra del sepulcro resultaba el ara de los lares, y el ara de los lares la piedra del hogar. Vivos y muertos estaban así en permanente comunidad.

Conociendo la piedad incomparable de Antígona, inútil añadir cómo consideraría ella el deber de prestar culto á los restos de su hermano. El vencedor y tirano Cleón había dispuesto que permaneciesen insepultos, condenando al contraventor de tal disposición á muerte. Pero no le importaran estos rigores de la tiranía implacable á quien ha probado ya otros rigores más terribles, los rigores del cielo. Si por su padre ha desafiado las cóleras de los dioses, por su hermano tiene que desafiar las cóleras de los hombres. Ha crecido en la miseria, en la soledad, alimentándose de una compasiva limosna, sin abrigo contra el frío y contra el calor sin sombra; maldicida y afrentada por generación triste de un horrible infame incesto; y no ha vacilado en el cumplimiento de sus deberes filiales, menos, mucho menos vacilará en buscar los despojos del hermano insepulto para reunirlos á los despojos de sus desgraciados progenitores y prestarles el culto que deben los vivos á los muertos. Igual heroísmo que al salir de Tebas en busca de su padre maldito, muestra saliendo en busca de su hermano muerto. Los perros aullan, los cuervos aletean, la desolación cubre aquellos te-

renos asombrados por nefastos decretos del destino, la corrupción de los restos dejados al sol y al aire hiede y mata envenenándolo todo con sus homicidas miasmas; pero Antígona, que ha soportado como hija las iras de los dioses, como hermana soportará las iras de los hombres. Y sin curarse para nada en estos instantes supremos de si una sentencia capital irrevocable la persigue, [atravesará los campos de batalla, hechos por la matanza vastos cementerios, é imagen de la piedad humana, cumplirá su piadoso ministerio.

Con el arte propio de los grandes poetas, arte intuitivo, y por lo mismo infalible, pone Sófocles junto á la hermana que busca el cadáver, menospreciando la tiranía y sus disposiciones, junto á la inflexible Antígona la flexible Ismene, más circunspecta en estimar las circunstancias, y en ver lo que impone la realidad á cuantos en ella se mueren y viven. Así dirige algunos reparos sensatísimos á las resoluciones decisivas de su hermana. Pero ésta no quiere volver á oír, y el freno de las observaciones puestas por Ismene á sus deseos, lejos de refrenarla, sólo consigue moverla más y decidirla contra toda vacilación en el cumplimiento de su deber sagrado. El hogar heleno se funda sobre un culto muy respetado, el culto debido por los vivientes á los muertos, y Antígona, en su amor á todos los suyos, no quiere que un criminal ocio de sus manos rompa lazos eternos y concite más aun contra su familia los dioses infernales. El deber la inspira, y han de cumplirse con todo rigor sus inspiraciones imperiosas. El rey de Tebas, el que ha sustituido á los dos hermanos muertos, promulga por medio de pregones y heraldos la terrible sentencia. Ido Polynice contra el hogar de la patria en vida, no puede concederle, no, la patria en su seno el hogar de la eternidad en muerte. Pero Antígona sólo conocerá la santa ley de su amor, y sólo verá en el sublevado contra la ciudad al hermano de su corazón. Como todos los resueltos, la joven pone por obra lo pensado, así que le asoma en el espíritu tal pensamiento. Pero una guardia de Cleón la sorprende al sepultar el insepulto, y la lleva en presencia de la corte. Por relator del crimen le dan por su clara y

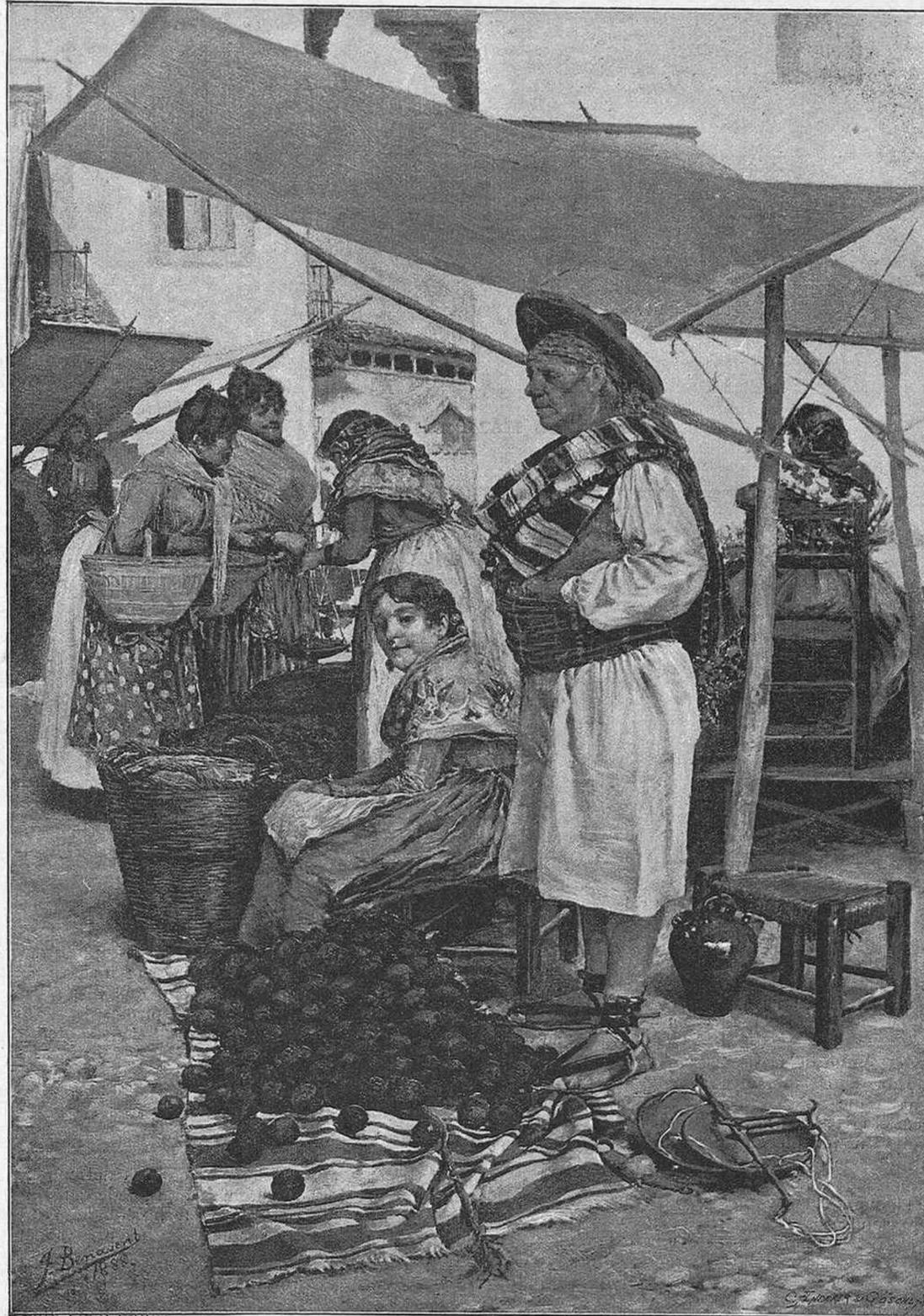
sublime sencillez un verdadero atractivo. En la hora de caminar al sitio donde había de honrar Antígona el cadáver, los vientos del cielo se levantaron en torbellino sin número y cubrieron la comarca de negro polvo parecido á un espeso humo. Resistió la joven á esta inclemencia más de su destino, irguiéndose como el arbusto, que se alza del suelo, hasta donde le ha doblado el huracán, firmísimo é intacto en su tronco y en su copa. Y cumplió contra todas las furias de los elementos su obra de piedad. Amononada toda la tierra que pedían los rituales sobre aquel cuerpo descompuesto, y malditos los que debieran inhumarlo y lo exhumaron, ofreció tres libaciones de hidromiel y leche á las divinidades infernales, con voces parecidas al grito de las avechillas que llevan la comida para sus pequeñuelos en la boca y encuentran robado y vacío el nido. Hermosa verdaderamente Antígona en todos los aspectos de su ser, aparece como imagen fidelísima de la mujer ideal, que debía transmitirnos el mundo antiguo como un ejemplar modelado para norma y enseñanza de lo porvenir. Las dos piedades que han asaltado sus entrañas, nos la muestran en dos actitudes trágicas por su esencia, escultóricas por su forma. Entre las cóleras que la persiguen y los elementos que la combaten y azotan, aparece muy bella como báculo de su padre, pero no menos hermosa como estatua tumularia puesta en sacro campo sobre frío cadáver, como un símbolo inmortal del inmenso dolor sufrido por las pobres mujeres en todos los duelos de la familia y en todos los entierros.

La joven va, después de haber cometido su piadoso crimen, ante aquel tirano, que aparece cual todos los tiranos, rey, sacerdote, juez, imagen de la sociedad asiática, fundada sobre las teocracias y sobre las castas, que deshará el soplo de la democrática y republicana y libre Atenas. Aquel interrogatorio, en que la conciencia de una débil pero valerosa joven opone sus resoluciones personales á la tiranía histórica, resulta de belleza y de profundidad, semejantes á los diálogos, en que Platón diera conciencia de sí al humano espíritu y lo relacionara con la divinidad. Cuando el rey le arguye de que promulgadas sus leyes, las cuales defendían inhumar al culpado, las ha desoído, Antígona responde con la invocación de otra ley divina promulgada por los inmortales, contra las que nada puede mísero edicto pregonado por heraldos y obra frágil de un pobre mortal. En la conciencia, con letras más luminosas que los astros diseminados por los

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

espacios, hanse códigos tales promulgado, y cuanto contra ellos se dicte ó haga tendríanlo por irritado las generaciones, sabedoras de que ser, vivir, respirar, crear, todo lo deben á los dioses creadores, descatados por mísera criatura, que se imagina valer tanto como ellos por llevar en sus sienas la corona de rey. Las leyes innatas al Mundo y al Espíritu, por divinas, y promulgadas al crearse las almas y las cosas, en la hora de su creación misma, levántanse frente al trono y á la tiranía en toda su fuerza y en todo su esplendor. Las víctimas inmoladas por haberlas obedecido, no harán más que aumentar su vigor. Así Antígona, inspirada por su heroísmo, como todas las mártires, ve con éxtasis acercarse un momento en que servirá su palabra de testimonio á la patria religión, su cuerpo de víctima propiciatoria en las aras familiares, su vida de incienso disipado el templo más propicio á la divinidad, en el templo de una purísima conciencia. En vano el rey quiere intimidarla; no puede, no, desposeerla de otra cosa que de la vida, y se la ofrece de grado, tan resuelta de suyo al martirio como resuelta estaba también á la inhumación. Así cuantas observaciones le dirige con rabia el déspota, para cohonestar la sentencia dada contra su hermano muerto y la que apercibe contra ella viva, caen á las plantas de Antígona rotas por una frase de sus labios. Fuera de sí ya por aquella incontestable argumentación, dice Cleón que no perdona al enemigo, ni muerto. Y Antígona proclama triunfalmente con sólo dos palabras el Evangelio eterno de mujer, exclamando que ha nacido ella, no para el odio, para el amor.

Ismene, al ver esto, se arrepiente de su anterior debilidad, y reclama parte activa en el crimen perpetrado por Antígona y la comunidad en el amenazador castigo. Pero Antígona proclama su inocencia y la condena con este acto de piedad bien cruel á vivir en el remordimiento y en el dolor. Imposible que un alma de tal modo heroica y una belleza de tal modo acabada pudieran pasar por los horizontes del mundo siquiera en sólo un vuelo y no suscitaran amor. Hemón, hijo del tirano, se ha rendido á tantos prestigios y abierto su pecho á la pasión de las pasiones. Pero Antígona, creyéndose manchada por su incestuoso infeliz origen, pura y sublime siempre, con el pensamiento y el deseo puestos en la inmortalidad como una mártir de las edades cristianas, no pagará el amor sugerido por ella con la infamia y el oprobio; preferirá morir. Sabe que la quiere con cariño profundo el príncipe; pero no dice una palabra, en su resolución de abrazar otro sublime sacrificio, antes que unirlo á la desgracia y á la deshonra connaturales á su nombre y á toda su familia. Hemón defiende á Antígona y su acto ante la cólera del rey, su padre. Y Cleón le amenaza con matarla en su presencia. — No morirá sola, — grita el enamorado, sin que la crueldad del rey cure de la sordera implacable que no advierte, ni siquiera oye como en esta frase también se contiene para él un tremendo castigo. Así, pronuncia viejo juez, la sentencia que condena sin piedad el cuerpo de la virgen á ser enterrado vivo. Y mientras las terribles nefastas líneas de tan siniestro acuerdo resuenan con lúgubre resonancia, el coro dice cómo acaba de penetrar allí el amor, quien omnipotente, invencible, abate á los poderosos y exalta á los humildes, colora desde las auras del cielo hasta las mejillas del joven, y va desde los pacíficos establos á los revueltos mares, como los rayos del sol y como los suspiros del aire. Ni el humano en su efímera vida, ni el divino en su vida perdurable podrán huirlo. Y á todos prestará un furor sacratísimo como no sabe prestarlo ninguna otra pasión. Por lo cual, así como pervierte al justo hasta el extremo de ocultarle todas las sirtes del vicio y al pacífico lo exalta también hasta empujarlo á la guerra, siembra discordias irreconciliables entre Cleón, que ha condenado por sus descatos á la



EL NARANJERO, cuadro de J. Benavent

inflexible Antígona, menospreciadora de sus leyes, y Hemón, que ha resuelto salvarla ó bien morir con ella, para desposarse, ya que un mundo bárbaro no lo consiente aquí, allá en otro siquiera subterráneo é infernal.

Antígona, conducida por dos arqueros y velada con fúnebre velo, va tristemente á la caverna donde la enterrarán viva por haber ella enterrado á un muerto. Al verse próxima del abismo, sobre cuya boca se alza la piedra que debe cerrarlo para siempre, siente con raro sentimiento, hijo de la Naturaleza, todos los hechizos de la vida humana hecha por la luz y sustentada por el aire. La comparación entre los resplandores del cielo que se dilata sobre su frente y los pliegues de las tinieblas que yacen á sus pies la hielan de humano espanto. Sus retinas se abren al sol que ilumina las cosas y sus oídos al concierto que forma el Universo. Y entonces el amor le dice cuánto le ha faltado por no haberlo conocido. ¡Ah! El único epítalamio que resona en los oídos de la virgen, habrá de ser el grito estridente de las aves nocturnas, compañeras de su agonía. En efecto, nadie la socorre. Aquel coro, tan piadoso de suyo y tan abierto á los humanos dolores, la deja sola, en el miedo al tirano, sobre que toda tiranía se funda y á que toda tiranía se agarra. Para llegar hasta el borde terrible de la sima que implacablemente se la tragará, siente las espinas en sus pies ensangrentados y ve las lenguas de las vivoras enhiestadas como flechas contra sus carnes. Para que nada falte á esta pasión, á este martirio, haya allí también el escarnio de las muchedumbres. El coro se burla de la mártir. Antígona, dolorida, pone por testigo al cielo de que ningún mortal en su agonía la lloraba, cuando era inocente; y el coro le recuerda con increíble brutalidad el incesto de su padre. A este recuerdo un grito de horror sale de su pecho, y una sombra ba-

jada de lo alto cubre su agonía. Cleón, ciego de rabia, la empuja con sus ademanes y con sus palabras al abismo abierto para recibirla viva; y ella colocada en el crepúsculo donde se mezclan el tiempo y la eternidad, se despide con amor de los mismos que la insultan en la tierra y mira con éxtasis el sepulcro donde le esperan con los brazos abiertos sus antepasados.

Pero no ha concluido todo, cuando Antígona se ha precipitado en la sima horrible. Las aves nocturnas gritan y revolotean, viendo aquella víctima, de cuya sangre van á embriagarse y cuyas fibras van á comerse voraces en horrible banquete. Pero, como el mundo natural y el mundo sobrenatural están, en las religiones antiguas, tan unidos, los gritos horribles de las agoreras aves despertarán á las furias divinas, quienes decidirán vengar aquel holocausto, dirigiendo emponzoñadas flechas al corazón del tirano, para en él abrir una herida incurable. Efectivamente, un adivino le anuncia que su hijo Hemón, muerto de amor antes, morirá, por ley natural, ahora con Antígona, verdadera esperanza de su vida. Entonces, y sólo entonces, el sordo y ciego y cruel rey conoce todos los males que á sí mismo se acaba de hacer, y revocando la sentencia, ordena con precipitación que saquen á Antígona del abismo, donde todavía no habrá muerto, y la entreguen con celeridad á los brazos de aquel hijo que la desea y ama. El azadón de los vasallos abre con su pico la misma piedra que había derribado con su mango sobre la cabeza de Antígona. Pero todo inútil, todo, la tragedia se ha consumado. Antígona, para huir á una perdurable agonía, se ha colgado en la caverna de su cinturón, y el amante la tiene muerta entre sus brazos convulsos, sin reanimarla ni con sus besos ni con sus lágrimas. Cleón entra, y ruega de hinojos á su hijo que salga y respire con él y con los suyos la vida. Pero Hemón escupe á su cara con horrible desacato y saca furioso de su cinto la espada con aire amenazador. Entonces Cleón imagina que va su hijo á matarlo y huye. Pero Hemón se hunde

su arma en el pecho y muere. Como no hay una estatua superior en el mundo á las estatuas de Fidias, no hay en la historia una tragedia superior á esta tragedia de Sófocles. Los dos grandes dramas de la edad moderna, el Hamlet, de Shakespeare, y el Segismundo, de Calderón, tienen escenas más sublimes inspiradas por el crecimiento de nuestro espíritu en el curso del tiempo y en el desarrollo de la idea. Pero carecen de la perfección absoluta que por sus proporciones y por sus armonías presentan estas obras perfectísimas del antiguo clasicismo. Y Antígona queda como una estrella fija en los horizontes del ideal, personificando todas las virtudes más íntimas de su hermosísimo sexo y mereciendo toda la perdurable letanía de alabanzas que le consagra la historia.

EMILIO CASTELAR

LA REINA DE LOS PECES

POR DON ANTONIO BALBUENA

Vivía, allá por los años de Maricastaña, en un país que no he podido encontrar en los mapas geográficos, cierto rey de carácter guerrero y batallador y de ambición nunca satisfecha. Dueño de inmensos territorios, pasaba su vida en guerras continuas de conquista, teniendo siempre alarmados á los reyes de los Estados vecinos.

Casóse Otón IV, — que así se llamaba nuestro rey, — con la princesa Catalina. El amor hizo esta unión, y de ella nació al año el príncipe Otón, quien, al nacer, causó la muerte á su madre, y el dolor y la desesperación de su padre.



LOS HAMBRIENTOS



LOS HARTOS, cuadros de Orestes de Molin (exposición de Bellas Artes en Bolonia)

Amaba Otón IV entrañablemente á Catalina y el egoísmo del dolor hizo que no pusiera en su hijo el cariño que debía, acusándole injustamente de una desgracia cuyas consecuencias había de sufrir más el desdichado príncipe que el inconsolable viudo.

Otón era el retrato de su madre, y esto, que debía haber sido motivo para que su padre le amara más, fué, por el contrario, causa de su desvío. Su vista me recuerda á mi Catalina y aviva mi dolor, — decía el rey. — Yo ya no puedo amar ni amo á mi hijo; para mí ya no hay placeres en la tierra; gozo únicamente guerreando; en el estruendoso fragor de las batallas olvido mi dolor. Cuando mi ferrada maza cae sobre la cabeza de un enemigo y la abre como una granada arrojada al suelo, sonrío entonces y sólo siento no poder destruir de un solo golpe todo cuanto vive; la tierra misma, hasta el cielo que cruel me robó á mi Catalina.

El príncipe era de carácter dulce. Sus ojos eran grandes, azules y soñadores. Extremadamente rubios sus cabellos; tan rubios, que su pueblo le había bautizado con el nombre del príncipe de oro. Alto, de varoniles y vigorosas formas, contrastaba grandemente su cuerpo hercúleo con su fisonomía de niño. Si físicamente era hermoso, moralmente lo era más. En su alma habían hecho nido todas las virtudes y todas las perfecciones, la generosidad, el valor sin crueldad, la compasión, la caridad y sobre todo el amor. Amaba con vehemencia hasta á aquellos que le mostraban indiferencia, pues odiarle nadie, ni el más perverso, hubiera podido. El desvío que su padre le mostró desde niño, no consiguió que el desdichado príncipe dejase de amarle, pero sí laceró su corazón, imprimiendo en su rostro un sello de tristeza que le hacía más simpático.

Desde muy niño fué confiado á los cuidados de un viejo sabio, que supo amarle hasta el punto de consolarle de la injusta indiferencia de su padre, y hasta de la temprana muerte de su madre; que siempre la naturaleza pone junto al mal el remedio y el consuelo junto al dolor.

Llegó el príncipe á la edad viril, con una sólida instrucción. Las ciencias todas le eran conocidas, sobresaliendo especialmente en la poesía y la música. Lorenzo, — que este era el nombre de su preceptor, — le había familiarizado con los clásicos griegos y latinos y había desarrollado sus grandes condiciones de poeta. Esta educación y su carácter hicieron á nuestro príncipe un hombre que en nada se parecía á su padre. Éste era duro y cruel, dulce y amantísimo aquél. Adorando el padre las luchas cruentas y odiando á todo y á todos. Suspirando el hijo por encontrar una mujer capaz de amar y sentir como él sentía y amaba.

El cariño á su padre, á su preceptor, á las flores, los pájaros, el arte y la naturaleza entera llenaron su alma hasta los veinte años; pero al llegar á esa edad, sintió en

su pecho un gran vacío: tanto amor era insuficiente, necesitaba el verdadero amor, el que alegra y entristece, el que mezcla sonrisas y lágrimas, el que place y duele, el amor á la mujer.

Las damas de su corte le hubieran concedido su amor si el príncipe se hubiese dignado fijar en ellas sus ojos. El amor de aquellas grandes señoras no le satisfacía. Decía, y con razón, que no era á él á quien amaban, sino al hijo del rey. Un día en que Otón salió de caza y en que se separó de su comitiva persiguiendo á un gamo, le sorprendió una terrible tempestad, y buscando en dónde guarecerse de la lluvia torrencial, que se desprendía de un cielo negro como alma de usurero, vió á la luz de un relámpago un viejo castillo que se levantaba en el centro de una extensa y pelada llanura. Una alta torre, medio derruida, se apoyaba sobre otra torrecilla más baja y de construcción más moderna, como anciano que doblado por el peso de los años sostuviera su gastado cuerpo en el hombro de su querida netezuela.

Dirigióse hacia aquel lugar el príncipe.

Dió tres golpes en la ferrada puerta con su maza, y momentos después vió por entre las rendijas de la puerta los resplandores de una luz.

Rechinó una cerradura y se presentó ante él un hombre de unos cincuenta años, que parecía por su traje y aspecto un servidor de los dueños del castillo.

— Perdonadme, — dijo el príncipe, — si vengo á molestaros. Me he alejado de mi castillo y separado de mis compañeros de caza, y la tempestad me obliga á pedir os asilo por un momento.

— Entrad, señor; la casa del conde Alberto abre siempre sus puertas al que pide hospitalidad. Aguardad un momento y el conde mismo vendrá á repetiros el ofrecimiento que por él os hago.

Encendió el discreto y hospitalario servidor una lámpara que sobre una mesa había; ofreció un asiento al príncipe y salió.

Transcurrieron algunos momentos y volvió el criado acompañando á un anciano venerable que se apoyaba en el hombro de una preciosa niña. Aquel grupo recordó al príncipe la casi derruida torre y la torrecilla que formaban el edificio en el cual se hallaba.

Púsose en pie movido por el respeto, y por un instante quedóse sin poder hablar, examinando la hermosa y blanca cabeza del anciano y la delicada y rubia de la niña.

Era el anciano de estatura tan extremada, que, á pesar de la inclinación que á su cuerpo habían dado ochenta años de vida, aun dominaba con su vista á Otón. Sus ojos eran azules, claros, serenos é inmóviles, larga y blanca la barba, noble y severo su aspecto, é indicando en toda su persona haber tenido una vigorosa organización.

Formando extraño contraste con el anciano, era la joven pequeña de estatura, la color pálida, de oro el cabello, labios delgados y no de grana, sino de rosa, delicada

de cuerpo; ojos rasgadísimos y negros daban vida á aquel rostro tan suave, fino é ideal, que cualquiera hubiera dicho que respiraba pétalos de violeta y se alimentaba de suspirillos de mariposa.

— Venís á guareceros de la tempestad según me ha dicho mi servidor; ¿no es así? — dijo el anciano.

— Así es, señor.

— Figuraos que esta casa es vuestra. No pregunto quién sois, ni á dónde vais, ni de dónde venís; sólo sé que necesitáis de mí, y esto basta para que os ofrezca cuanto pueda daros. Disponed cuanto se os antoje; estáis en casa del conde Alberto, quien, viejo y ciego y pobre, aun puede daros lo que quizás muchos no os dieran, un techo honrado que os cobije, blancos manteles y bien condimentados manjares, y las manos de mi nieta que os sirvan. Ved si en otra parte halláis más y mejor.

— No necesito tanto, señor, — replicó el príncipe; — dejadme sólo que os respete y bese las manos de vuestra hermosa nieta, que no nacieron para servir, sino para ser servidas.

— Si mis ojos tuvieran luz, — dijo el anciano, — sabría conocer en vuestro rostro si los sentimientos de vuestra alma corresponden con esas palabras, pero mis ojos se extinguieron con el tiempo. Hoy veo con los de mi nieta y si ella me dice que no mentís, os abriré mis brazos, besaréis su mano, y no seréis un extraño para mí. Lucila, hija mía, da á mis ojos algo de la luz que á los tuyos sobra.

— Padre, abrid los brazos á quien os los pide. Señor, esta es mi mano, — dijo Lucila con voz fina y suavísima como hilillo de perlas que cayera sobre cristalino plato. Y al decir esto, alargó la mano al príncipe, quien la besó con el mismo respeto con que hubiera besado la de la santísima virgen.

Cesó en aquel momento la tempestad, y un rayo de la blanca luna penetró por la ventana, queriendo sin duda admirar el hermoso cuadro que formaban el venerable anciano, en pie y con los brazos abiertos, á su lado la joven extendiendo su mano, el príncipe inclinado y rozando ligeramente con sus labios aquella mano, y en segundo término, el fiel servidor, inmóvil y grave como la estatua de la quietud y el respeto. Estrechó el conde entre sus brazos á Otón, y aquel abrazo selló una firme amistad entre los personajes de esta escena.

— Ha cesado ya, — dijo el príncipe, — la causa por la cual vine á pedir os hospitalidad. El cielo, enemigo mío, ha querido que la tempestad fuera breve para acortar el placer que experimento. Hoy y siempre bendeciré la tempestad que aquí me trajo y maldeciré la calma. Y pienso que si en el cielo reina, ya falta en mi pecho.

— Señor, — contestó el anciano, — mi casa, no, que ya lo es vuestra, la encontraréis siempre dispuesta y abierta para vos.

Despidióse Otón y salió.

(Se continuará)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN